La Comédiathèque

La cuerda



Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

La cuerda

Jean-Pierre Martinez

En un país dominado por un tirano, mientras crece la protesta y se recrudece la represión, un médico y un sacerdote se enfrentan a un dilema: ¿prevalecen los deberes sagrados de sus respectivas profesiones sobre los que tienen como ciudadanos? Está en juego nada menos que la vida del dictador y, con ella, la supervivencia del régimen o la aceleración de su caída...

Personajes
El médico
El sacerdote

© La Comédiathèque

El despacho de un médico militar en el Palacio Presidencial. Nada permite identificar el lugar ni la época, pero el imponente retrato de un general de uniforme, cubierto de condecoraciones, que preside el escritorio indica que nos encontramos en un país gobernado por un tirano. El médico, con bata blanca, está sentado a su mesa. Puede tener cualquier edad, aunque esta contribuirá, naturalmente, a definir al personaje. Saca una imagen médica de una carpeta, se levanta y la examina a contraluz frente a una ventana imaginaria situada del lado del público. Suena el teléfono. Regresa a la mesa, guarda la imagen en la carpeta y descuelga.

Médico – ¿Sí, sargento...? Sí... Muy bien, déjelo pasar...

Entra un sacerdote con sotana negra. Puede ser joven o mayor, pero tanto su edad como la diferencia de edad con el médico influirán en la caracterización de ambos personajes y en su relación.

Sacerdote – Capitán...

El médico se levanta para recibirlo.

Médico – Buenos días, padre... ¿O debería llamarle teniente? Porque usted también es militar.

Sacerdote – Los tiempos de los monjes guerreros quedaron atrás. Ante todo soy el capellán del Palacio. Del mismo modo que usted es, ante todo, médico, supongo. Ninguno de los dos está destinado a servir en unidades de combate, ¿verdad? Nuestra misión es acompañar a nuestros compañeros y prestarles ayuda cuando la necesiten.

Médico – Me temo que los dos seríamos unos combatientes bastante mediocres.

Sacerdote – Si lo prefiere, puedo llamarle doctor.

Médico – Llámeme como quiera, padre... Con tal de que no me llame «hijo mío»...

Sacerdote – Procuraré acordarme.

Médico – En cualquier caso, gracias por venir tan deprisa. De hecho, es usted el primero. Pero siéntese, por favor... ¿Le apetece un café? ¿Algo de bollería...?

Sacerdote – Gracias, no hace falta. *(Se sienta)* Así que... se trata de una vacuna, según tengo entendido.

Médico – Espero que no le den miedo las inyecciones...

Sacerdote – No... Aunque he de confesarle que he perdido mi cartilla de vacunación.

Médico – No se preocupe. Ninguno de mis pacientes ha conseguido enseñarme nunca la suya. Y yo mismo no sabría decirle dónde he puesto la mía...

Sacerdote – En ese caso, cuando quiera, doctor.

Médico – Aquí, en el Palacio, habrá que vacunar a todo el mundo... Con todos los virus que circulan últimamente... El General goza de buena salud, pero ya no es ningún jovencito. Aunque apenas salga del Palacio, debemos protegerlo en la medida de lo posible de cualquier contagio procedente del exterior. Para eso hay que vacunar a quienes lo rodean. Y a todos los que puedan entrar en contacto con él.

Sacerdote – Por supuesto. Creo que antes a eso se le llamaba cordón sanitario...

Médico – Esperemos que funcione mejor en medicina que en política...

Sacerdote – Rezo por el General todos los días, pero sé muy bien que tampoco conviene despreciar los recursos de la ciencia.

Médico – Sí... Nos repartimos el trabajo, por así decirlo. Como médico personal del General, me ocupo de la salud de su cuerpo. Y usted, como confesor suyo, de la salvación de su alma.

Sacerdote – Y no sabría decir cuál de los dos tiene la tarea más difícil...

El médico parece sorprendido por esa observación discretamente subversiva, que lo anima a sincerarse.

Médico – Desde luego, vivimos tiempos difíciles. Como médico del Palacio, no tengo que afrontar directamente los problemas a los que se enfrentan mis colegas, pero sé que en los últimos días no dejan de llegar heridos al hospital.

Sacerdote – Los últimos disturbios han causado muchas víctimas. Cuando los médicos ya no pueden hacer nada por esas desdichadas personas, a veces voy a ofrecerles algún consuelo antes de que entreguen su alma a Dios.

Médico – Los disturbios... O, más bien, la represión despiadada de los disturbios.

Sacerdote – Tampoco podemos permitir que se imponga el desorden, ¿no cree...? Esperemos que pronto se encuentre una salida pacífica.

Médico – La esperanza... Eso es cosa de la Iglesia... En la calle, más que esperar, exigen.

Sacerdote – Entre esperar y exigir quizá quede espacio para negociar. ¿No cree en la posibilidad de una transición democrática?

Médico – ¿Una transición democrática...? ¿Después de que hayan detenido al líder de la oposición y lo hayan metido en la cárcel sin ni siquiera un simulacro de juicio?

Sacerdote – No he dicho que apruebe esos métodos...

Médico – La represión se recrudece cada día... Lo que más temo es una guerra civil. Una vez que estalla una guerra, ya no hay lugar para los acuerdos. La paz solo puede imponerse cuando uno de los bandos se rinde y el vencedor dicta las condiciones.

Sacerdote – Si estallara una guerra, todos saldríamos perdiendo... ¿Es usted creyente, doctor?

Médico – Voy a misa con mi familia los domingos... Por el ambiente... Creo en algunas cosas... En ciertos valores...

Sacerdote – Por algo se empieza...

Médico – Me gustaría creer más en su Dios, padre. Pero, tal como están las cosas, motivos para dudar no faltan...

Sacerdote – Dicen que la práctica hace al maestro. Y, a veces, rezando se recupera la fe... Por eso los ritos son tan importantes en todas las religiones.

Médico – Hasta ahora iba a la iglesia, sobre todo, para sentirme parte de una comunidad. Pero, en nuestro país, quienes van a misa se han convertido en un bando del que ya no estoy seguro de querer formar parte.

Sacerdote – Por desgracia, los poderosos siempre han intentado servirse de la Iglesia.

Médico – Algunos consideran que la Iglesia no es más que un instrumento del poder.

Sacerdote – Precisamente por eso hay que creer en Dios por encima de todo, incluso cuando se desconfía de la Iglesia.

Médico – A mí me parece que, antes incluso de creer en Dios, hay que creer en el ser humano. ¿Usted cree en el ser humano, padre?

Sacerdote – Creo que puede redimirse ante Nuestro Señor. Por lo demás, me remito a las leyes de los hombres.

Médico – Ya veo... Dar al César lo que es del César... y lavarse las manos. ¿Incluso cuando el César se ha convertido en un tirano?

El sacerdote parece incómodo.

Sacerdote – Mi vocación es escuchar, capitán. Y no tengo alma de delator. Aun así, le recomiendo que sea prudente. Estamos en el Palacio, no en un confesionario, y aquí las paredes a veces oyen más de la cuenta...

Médico – Vamos, padre... Usted no es un monje. No vive aislado del mundo en un monasterio. Si no hacemos nada, estamos dando nuestro consentimiento. Lo sabe perfectamente... Usted también tiene su parte de responsabilidad...

Sacerdote – Desde luego... Ninguno de los dos puede eludir sus responsabilidades. Yo no soy más que un hombre, como usted. También los sacerdotes tenemos pecados que confesar...

Médico – Escuchar la confesión de un sacerdote no debe de ser tan terrible... Un poco de vanidad... De gula... Alguna tentación... Pero escuchar cada domingo, antes de misa, la confesión de un dictador sanguinario... Tener que absolverlo de sus crímenes... Eso ya debe de ser otra cosa...

Sacerdote – Comprenderá que sobre ese punto debo guardar el secreto que me impone mi ministerio... Pero me da la impresión de que hay algo más concreto que le preocupa...

Médico – Así es. No le he pedido que viniera solo para vacunarlo.

Sacerdote – Le escucho...

El médico vacila.

Médico – No sé si conoce esta historia. Cuando Hitler era niño, cayó a un río en pleno invierno. Un compañero se lanzó al agua, arriesgando su propia vida, para salvarlo. Aquel muchacho tan valiente acabó haciéndose sacerdote...

Sacerdote – No conocía esa historia... ¿Y qué conclusión saca de ella?

Médico – Si aquella buena persona hubiera dejado que el pequeño Adolf se ahogara, la historia habría tomado otro rumbo, ¿no cree?

Sacerdote – Seguramente...

Médico – Se dice que a veces de un mal puede salir un bien. Eso significa que también una buena acción puede desencadenar una catástrofe.

Sacerdote – A veces, sin duda.

Médico – De ahí una pregunta filosófica que casi podría caer en un examen: ¿es realmente una buena acción salvar a un tirano que se está ahogando?

Sacerdote – Pero en esa historia se trataba solo de un niño...

Médico – Sí...

Sacerdote – Un niño cuyo destino no estaba necesariamente escrito.

Médico – Cierto...

Sacerdote – Su vida podría haber sido muy distinta si las circunstancias hubieran cambiado. Por ejemplo, si no hubiera suspendido dos veces el examen de ingreso en la Academia de Bellas Artes de Viena, quizá se habría convertido en pintor...

Médico – Es posible.

Sacerdote – ¿Va a responsabilizar también a los examinadores del Holocausto?

Médico – No lo sé...

Sacerdote – Al fin y al cabo, el destino de una persona es fruto de una infinidad de casualidades sucesivas.

Médico – ¿Y si esas casualidades no fueran tales? ¿Y si no fuéramos más que el resultado de todas las causas que nos determinan? ¿Y si todo estuviera escrito de antemano?

Sacerdote – Entonces también estaba escrito que Hitler escaparía de aquel ahogamiento y que suspendería el ingreso en Bellas Artes. Y nadie sería responsable de lo que hizo después. Salvo él mismo, naturalmente.

Médico – ¿O sea que, para usted, el determinismo sigue estando sometido al libre albedrío?

Sacerdote – Lo único seguro es que nadie puede predecir el futuro con certeza. Usted, como médico, salva vidas. También vidas de niños. Sin saber en qué se convertirán esos niños...

Médico – Sí, pero ¿y si lo supiera...? Es una hipótesis, nada más. Imagínese que yo hubiera visto al pequeño Adolf ahogándose. Y que supiera en qué se iba a convertir. En un monstruo...

Sacerdote – Ya le he dicho que es una hipótesis absurda... ¿Y qué? ¿Habría dejado que aquel niño muriera ahogado...?

Médico – Esa es la pregunta que me hago... *(El médico se vuelve hacia el público)* Y que les hago a ustedes...

El sacerdote se queda inmóvil, como si el tiempo se detuviera. Un cambio de iluminación indica que este diálogo directo con el público, que rompe la cuarta pared, constituye un paréntesis en el desarrollo de la obra.

Médico – Imaginen que pasean junto a un río y ven a un niño que se está ahogando. Saben que ese niño es Adolf Hitler. ¿Le tienden una cuerda para sacarlo del agua o no? Ni siquiera tienen que arriesgar su vida tirándose al río. También pueden fingir perfectamente que no lo han visto. No se trata de elegir entre una heroicidad y la omisión del deber de socorro: solo tienen que tomar una decisión. El niño pide ayuda. ¿Qué hacen? ¿Le lanzan una cuerda para salvarlo o lo dejan morir? No es nada fácil responder, ¿verdad?

Una pausa.

Médico – ¿Quién le lanzaría una cuerda? Levanten la mano... *(Se deja tiempo para que el público levante la mano, o no)* ¿Quién miraría para otro lado y seguiría su camino? Levanten la mano... *(Se deja tiempo para que el público levante la mano, o no)* De acuerdo... Y ahora... Imaginen que, en lugar del pequeño Hitler, se tratara de un político o una política que pudiera llegar a convertirse en un tirano si ganara unas elecciones. No sé... Ya saben a quién me refiero... ¿Le tenderían la mano para salvarlo? Tampoco es fácil, ¿verdad? ¿Existe una única respuesta moral válida para todos los casos... o hay que juzgar cada caso por separado? Y entonces, ¿dónde ponemos el límite? ¿Con qué criterios decidimos a quién salvar y a quién dejar morir?

La iluminación y la situación vuelven a ser las de antes, como si el aparte no hubiera tenido lugar. La acción continúa donde se había interrumpido.

Sacerdote – Me parece que sus preguntas no son meramente teóricas.

Médico – Necesito un consejo, sí. Pero usted mismo lo ha dicho: no estamos en un confesionario...

Sacerdote – Si lo desea, puedo escucharle en confesión.

Médico – ¿Y entonces no podría contarle a nadie lo que yo le dijera?

Sacerdote – Ese es el principio del secreto de confesión. Como el del secreto médico.

Médico – Perdóneme, pero... con los tiempos que corren, no me veo esperando mi turno para confesarme.

Sacerdote – Un sacerdote puede oír confesiones en cualquier lugar.

Médico – ¿Aquí? ¿Ahora mismo?

Sacerdote – Como capellán de este Palacio, estoy a su disposición.

Médico – Muy bien. Entonces quiero confesarme, padre...

El sacerdote abandona la actitud de una conversación corriente y adopta la de quien se dispone a escuchar una confesión, mientras se santigua.

Sacerdote – Recemos juntos para que Dios nos conceda la gracia de reconocer nuestros pecados.

Médico – Amén...

Sacerdote – Le escucho, hijo mío.

Médico – Tengo un problema de conciencia que plantearle, padre.

Sacerdote – Haré cuanto pueda por orientarlo. Conforme a los principios de Nuestro Señor.

Médico – Hace unas semanas le hice una revisión al General. Una revisión rutinaria. Y le detecté una anomalía cardíaca... que después confirmaron otras pruebas.

Sacerdote – ¿Una anomalía...?

Médico – Un aneurisma de aorta abdominal, para ser exactos... Sí, hasta los dictadores tienen corazón...

Sacerdote – Es preocupante... Y supongo que es grave...

Médico – Sí.

Sacerdote – Pero ¿tiene tratamiento?

Médico – Con una intervención quirúrgica y el tratamiento adecuado, sí. Si se descubre a tiempo.

Sacerdote – Entonces, ¿dónde está su dilema?

Médico – Si pongo esa anomalía en conocimiento de uno de mis colegas, tratarán al General y podrá vivir muchos años más...

Sacerdote – ¿Y...?

Médico – Si me callo, morirá en las próximas semanas. Quizá mañana mismo. Y lo más probable es que la dictadura muera con él...

El sacerdote se queda un instante sin palabras.

Sacerdote – No estará pensándolo en serio...

Médico – Es una oportunidad irrepetible de cambiar el curso de la historia, ¿no? De derribar este régimen y salvar a quienes cada día son fusilados en los patios de las cárceles. O caen bajo las balas de la policía mientras se manifiestan. Hace un momento hablaba usted de una posible transición democrática...

Sacerdote – ¿Condenando a muerte a un paciente que ha puesto su vida en sus manos?

Médico – Para salvar muchas otras vidas, sí. ¿Por qué no considerarlo un acto de resistencia?

Sacerdote – ¡Porque antes que ciudadano comprometido es médico! ¡Está sujeto al juramento hipocrático!

Médico *(citando el juramento hipocrático)* – Nunca provocaré deliberadamente la muerte. Primum non nocere...

Sacerdote – Lo primero es no hacer daño...

Médico – Precisamente por eso le he hablado de un problema de conciencia... Hoy tengo que elegir entre dos deberes incompatibles. El médico que hay en mí me exige que vea únicamente al enfermo y lo trate. El ciudadano me recuerda los crímenes de ese hombre y me dice que lo deje morir para impedir que siga cometiéndolos.

Sacerdote – Se olvida del militar, que también está obligado a obedecer órdenes.

Médico – Obedecer órdenes... Si ese argumento hubiera bastado, en los juicios de Núremberg todos habrían sido absueltos. Todos aseguraban que se habían limitado a obedecer a sus superiores...

Sacerdote – Me pidió consejo, ¿no es cierto?

Médico – No he prometido seguirlo... Pero le escucho...

Sacerdote – Que el médico cumpla con su deber y respete su juramento. Después, el militar será libre de desobedecer las órdenes que considere indignas. Y el ciudadano, de rebelarse y recurrir, si es necesario, a la resistencia.

Médico – Pero hoy tanto el militar como el ciudadano están indefensos ante una maquinaria represiva terriblemente eficaz. Solo el médico puede poner fin a esta dictadura, acelerando la muerte del dictador.

Sacerdote – ¿Se arroga usted, como médico, el poder de decidir sobre la vida y la muerte de sus pacientes? ¿Se cree Dios?

Médico – Puesto que su Dios permite que un tirano siga en el poder, alguien tendrá que intervenir para bajarlo del pedestal.

Sacerdote – Como médico, usted desempeña una función sagrada, igual que yo. Toda persona tiene derecho a recibir atención médica, haga lo que haya hecho. Igual que cualquier persona, aun siendo culpable, tiene derecho a una defensa, por terribles que sean sus crímenes.

Médico *(con ironía)* – Y todo pecador tiene derecho al perdón, por graves que sean sus pecados, ¿verdad?

Sacerdote – Si se arrepiente sinceramente, sí.

Médico – ¿Le ha confesado el General que se arrepiente de sus crímenes?

Sacerdote – Eso también está protegido por el secreto de confesión.

Médico – Si se arrepiente, no parece que eso le impida seguir asesinando impunemente a sus opositores. Permítame que se lo diga: como director espiritual suyo, no parece tener demasiada influencia sobre él.

Sacerdote – Como usted, los tiranos están convencidos de actuar por el bien del pueblo. Dicen obrar movidos por su fe y hasta se presentan a menudo como defensores de la religión...

Médico – No parece que usted se lo crea.

Sacerdote – No me corresponde juzgarlo... Creo en el arrepentimiento y el perdón. He elegido servir a Dios.

Médico – Y yo, a los seres humanos.

Sacerdote – Exactamente. A todos, sin excepción. Médicos, sacerdotes, abogados... somos de las pocas personas en quienes puede confiar plenamente incluso el peor de los hombres. Ese es nuestro compromiso. Una misión difícil y poco agradecida, pero imprescindible. Somos la última barrera frente a la barbarie. El último recurso de quienes ya han sido condenados por todos y en quienes todavía queda una chispa de humanidad.

Médico – Puede ser, pero mientras discutimos aquí, hay ciudadanos muriendo bajo las balas o víctimas de la tortura.

Sacerdote – ¿Y pretende salvar a la humanidad mediante el perjurio y el asesinato? ¿Acabar con la tiranía utilizando los métodos del tirano? ¿Traicionando el juramento que pronunció solemnemente ante sus colegas?

Médico – Ya se lo he dicho. No es una decisión fácil...

El sacerdote se queda inmóvil y cambia la iluminación para dar paso a un nuevo aparte con el público.

Médico *(al público)* – Si fueran médicos, ¿qué harían en mi lugar? *(Coge la carpeta de su mesa y la muestra al público)* ¿Quién entregaría el expediente a un colega para salvarle la vida a este general? ¡Levanten la mano! *(Se deja tiempo para que parte del público pueda levantar la mano)* ¿Quién guardaría el expediente en un cajón y dejaría morir al tirano? ¡Levanten la mano! *(Se deja tiempo para que parte del público pueda levantar la mano)* Claro que ustedes no son médicos, ¿verdad...?

Vuelve la iluminación habitual y se reanuda la acción.

Sacerdote – ¿Está usted a favor de la pena de muerte, doctor?

Médico – No... Normalmente, no.

Sacerdote – O se está a favor o se está en contra. No puede haber excepciones, porque entonces pronto todo serían excepciones. La vida es sagrada. Incluso en los países laicos se ha abolido la pena capital en nombre de ese principio... Para no negar hasta el último rastro de humanidad al peor de los criminales... Y para mantener abierta, por remota que sea, la posibilidad de su redención.

Médico – Estoy a favor del aborto. Y, en determinadas circunstancias, de la eutanasia. Como médico, a veces podría verme obligado a causar una muerte y, por tanto, a contravenir el juramento hipocrático. Pero ahora le toca responder a usted. ¿Defiende el respeto a la vida en cualquier circunstancia?

Sacerdote – Como sacerdote, sí.

Médico – ¿Así que está en contra del aborto incluso en caso de violación, o cuando el embarazo pone en peligro la vida de la madre? ¿Y también de poner fin al sufrimiento insoportable de alguien a quien la medicina ya no puede ayudar?

Sacerdote – Como ser humano, no soy insensible al dolor ajeno...

Médico – De modo que usted también antepone a veces al hombre al sacerdote para responder a las difíciles preguntas que plantea la realidad. En lugar de refugiarse en grandes principios morales que, en ocasiones, llevan a decisiones inhumanas.

Sacerdote – Como sacerdote no tengo derecho a quitarle la vida a nadie... Pero si un médico me confesara que lo ha hecho en circunstancias muy particulares, y se arrepintiera sinceramente, le daría la absolución.

Médico – Entonces bastará con que venga a confesarme después de la muerte del General. Para tranquilizar mi conciencia y también la suya.

Sacerdote – Así que ya ha tomado una decisión...

Médico – Sobre todo ahora que usted se compromete a absolverme.

Sacerdote – Está pensando dejar morir deliberadamente a una persona. No puedo absolverlo por adelantado.

Médico – Después de todo, el General ya es anciano... Solo adelantaría su muerte unos meses. Quizá unos días... Apenas podría llamarse asesinato... Digamos que evitaría un encarnizamiento terapéutico.

Sacerdote – Está jugando con las palabras. No puedo permitirle cometer semejante atrocidad.

Médico – ¿Sería capaz de denunciarme?

Sacerdote – Es mi deber.

Médico – ¡Le recuerdo que está obligado a guardar el secreto de confesión!

Sacerdote – Sí, pero esa obligación admite excepciones... En particular, cuando hay una vida en peligro.

Médico – He confiado en usted... ¿Y ahora me dice que el secreto de confesión no es un principio absoluto? Sin embargo, la Iglesia ha guardado silencio ante crímenes mucho más atroces...

Sacerdote – Si alguien me confiesa que piensa matar a otra persona o cometer un atentado, tengo el deber de comunicarlo a la justicia. Incluso según las leyes humanas, es una obligación ineludible. De lo contrario, estaría dejando sin auxilio a alguien en peligro... Si un abogado sabe que su cliente planea un asesinato, debe avisar a la policía. Y un médico también, como usted sabe muy bien.

Médico – Pero yo no voy a matar a nadie. Solo dejaré que la naturaleza siga su curso... Que actúe Dios, por decirlo de algún modo.

Sacerdote – Invoca usted a Dios cuando le conviene. Aunque ni siquiera crea en Él.

Médico – ¿Así que usted también va a traicionar su juramento?

Sacerdote – Ya se lo he dicho: se trata de salvar una vida. En este caso, no hay juramento que me lo impida.

Médico – ¿Aunque al denunciarme a la policía de este régimen totalitario me esté condenando a una muerte segura?

Sacerdote – Basta con que cumpla con su deber de médico para evitarlo...

Médico – Cumpliré con mi deber de ciudadano.

Sacerdote – Entonces no me deja elección...

Médico – ¿Está seguro de que será el sacerdote quien me denuncie, y no el oficial?

Sacerdote – Soy sacerdote antes que oficial. Pero soy hombre antes que sacerdote. Y como ser humano no puedo permitir que le quite la vida a otro ser humano.

Suena el teléfono. El médico descuelga.

Médico – ¿Sí, sargento? Le escucho... De acuerdo... Muy bien... Iré en cuanto pueda... *(Cuelga)* Acaban de encontrar ahorcado en su celda al líder de la oposición...

El sacerdote queda conmocionado.

Sacerdote – Es espantoso...

Médico – Me han pedido que confirme su muerte y certifique oficialmente que se trata de un suicidio. ¿Lo ve, padre? El General no se molesta en ocultar que asesina a sus adversarios. Lo hace a plena luz del día. Y a mí, como médico forense, me toca hacer pasar esos asesinatos por suicidios.

Sacerdote – Es una infamia... ¿Va a prestarse a semejante farsa?

Médico – ¡Hace un momento usted quería que me limitase a obedecer órdenes!

Sacerdote – En eso le doy la razón. Cuando las órdenes son injustas, desobedecerlas es un deber.

Médico – Ya le he explicado cómo podría poner fin de forma indolora a esta escalada de violencia...

La acción se detiene y cambia la iluminación para dar paso a otro aparte.

Sacerdote *(al público)* – Puesto que no puedo dejarlo todo en manos de Dios, necesito que me ayuden... Imaginen que son sacerdotes. ¿Qué harían en mi lugar? ¿Quién denunciaría a este médico, después de haberlo escuchado en confesión, para salvar la vida de un hombre que resulta ser un tirano despiadado? Levanten la mano. *(Se deja tiempo para que algunos espectadores levanten la mano)* ¿Y quién guardaría silencio y dejaría que este médico cometiese un asesinato al no tratar a su paciente? Levanten la mano. *(Se deja tiempo para que algunos espectadores levanten la mano)* Aunque ustedes no son sacerdotes, ¿verdad?

Vuelve la iluminación habitual y se reanuda la acción.

Sacerdote – Le confieso que me siento impotente ante tanta violencia...

Médico – Si habla, tendrá mi muerte sobre su conciencia... Ya ha visto cómo trata el General a sus adversarios. A mí también me encontrarán ahorcado en mi celda... ¿De verdad va a denunciarme?

Sacerdote – No, si usted me lo impide...

Médico – ¿Impedírselo? ¿Cómo?

Sacerdote – Matándome a mí también...

Médico – ¿Eso es lo que desea?

Sacerdote – La decisión es suya.

Médico – Así evita tener que decidir usted... ¿Quién se cree que es, padre, ofreciéndose como víctima de un sacrificio? ¿Jesucristo? ¡Pero su sacrificio no tendría ningún sentido... ni serviría para nada!

Sacerdote – Jesús se sacrificó para dar a los seres humanos la posibilidad de reconciliarse. Ese es, por cierto, el propio sentido de la palabra religión: volver a unir a quienes creen. Y también el de la eucaristía. La comunión entre todos los seres humanos...

Un momento de desconcierto. El médico parece haberse quedado sin argumentos.

Médico – En ese caso... La misa ha terminado, padre... Y ha llegado la hora del pinchazo...

Sacerdote – Estoy preparado.

El médico prepara la inyección mientras el sacerdote observa.

Médico – Tranquilo, no le dolerá. Solo será un pequeño pinchazo...

Sacerdote – Me pongo por completo en sus manos... Como todos sus pacientes.

El médico le pone la inyección.

Médico – ¿Seguro que no quiere beber nada?

Sacerdote – Ahora sí me tomaría un vaso de agua.

Médico – Voy a buscarlo...

El médico sale. El sacerdote ve la carpeta sobre la mesa. La coge, pero no la abre. El médico vuelve con un vaso de agua. El sacerdote deja la carpeta de nuevo sobre la mesa.

Médico – Ah... Cuidado, padre, el secreto médico...

Sacerdote – De todos modos, no sabría interpretar esas imágenes...

El médico le ofrece el vaso de agua y el sacerdote lo coge.

Médico – Aquí tiene el agua.

Sacerdote – ¿El último vaso de un condenado...?

Médico – ¿De verdad estaría dispuesto a sacrificarse para eludir sus responsabilidades?

Sacerdote – Para eludirlas, no. Para no traicionar mis convicciones, quizá.

Médico – ¿Y no es esa una manera de huir de la realidad para no tener que enfrentarse a ella? Empiezo a pensar que habría sido mejor que se hiciera monje.

Sacerdote – Habría sido más sencillo, sin duda.

Médico – Y todo para salvar a un hombre culpable de crímenes contra la humanidad.

Sacerdote – Ya lo juzgará Dios. O la justicia humana.

Médico – De momento, el General es la justicia... Y pretende ejercerla en nombre de Dios.

Sacerdote – Le aseguro que no apoyo esta nueva Inquisición.

Médico – Pero tampoco ha hecho nada para oponerse... Cuando caiga el régimen, quizá lo llamen a declarar, ¿sabe? A pesar del secreto de confesión... Le reprocharán haber colaborado con la dictadura.

Sacerdote – Sí... Y a usted también... Es el médico personal del General. Y hasta ahora no se le conoce precisamente como un ferviente opositor... ¿No querrá abandonar el barco justo antes del naufragio, después de dejar que el capitán se ahogue, para asegurarse así un futuro tranquilo?

Médico – Ni siquiera podría hacerme pasar por un resistente de última hora. Habría acelerado la muerte del tirano, pero también habría traicionado mi juramento de médico, así que no podría presumir de semejante hazaña.

Sacerdote – Podría matarlo abiertamente. De un disparo. Es usted oficial, tiene un arma y recibe al General regularmente en consulta.

Médico – Me temo que nunca seré un héroe. Nunca seré Bruto apuñalando a César ante todo el Senado. No tendría ese valor. A diferencia de usted, no siento ninguna inclinación por el sacrificio. Soy un cobarde, en realidad.

Sacerdote – Por eso le viene tan bien ese asesinato a escondidas, ¿verdad...?

Médico – El crimen sin castigo... Pero tampoco gloria póstuma.

Sacerdote – Lo del castigo está por ver. Puede que la dictadura no lo ejecute por matar al General, pero los que liberen el país quizá lo condenen por haber colaborado con el régimen. Igual que a mí...

Médico – ¿Lo ve? Tampoco para mí existe una buena solución. Y tiene razón: en el fondo, me lo habría buscado. Al principio apoyé aquel golpe de Estado. Quería que se acabara el caos. Creí que restablecer el orden sería algo bueno. Pero cuando los fuertes imponen su orden a los débiles, ese orden se convierte enseguida en otra forma de desorden.

Sacerdote – Por desgracia, tanto el orden como el desorden se rigen por la ley del más fuerte.

Médico – Entonces, ¿qué hacemos?

Sacerdote – El destino del ser humano es caminar sin mapa por un desierto sin senderos en busca de un oasis que no existe. Por eso conviene llevar la fe como compañera de viaje...

El médico saca la imagen médica de la carpeta.

Médico – O dejarse guiar por la luz de la ciencia... ¿Sabe qué es la semiología, padre?

Sacerdote – El estudio de los signos. Tener fe no significa desinteresarse por la ciencia, doctor. Y, a la inversa, entre los mayores científicos también ha habido creyentes.

Médico – En medicina, la semiología estudia los síntomas que permiten establecer un diagnóstico y, por tanto, prescribir un tratamiento. En el fondo, los médicos somos herederos de los antiguos augures, que pretendían adivinar el futuro en las entrañas de los animales.

Sacerdote – En la antigua Roma eran los arúspices quienes examinaban las entrañas de los animales sacrificados. Los augures interpretaban más bien el vuelo de las aves...

Médico – En cualquier caso, aquellos adivinos también eran predecesores suyos, ¿no?

Sacerdote – Sí. Antiguamente usted y yo ejercíamos el mismo oficio. Los caminos de la ciencia y de la religión se separaron hace relativamente poco. Para bien y, a veces, para mal...

El médico vuelve a examinar la imagen médica.

Médico – Interpretar los signos... Después de todo, la medicina sigue sin ser una ciencia exacta... Podría haberme equivocado, simplemente... A los ojos de todos no sería más que un error médico...

Sacerdote – Pero usted sabría que dejó morir deliberadamente a uno de sus pacientes.

Médico – Pensaría en todas las personas que habría salvado.

Sacerdote – ¿Se cree capaz, como esos augures de los que hablaba, de conocer el futuro e influir por sí solo en el curso de la historia?

Médico – Por intentarlo no se pierde nada...

Sacerdote – ¿Cómo puede estar seguro de que la caída del dictador no desencadenará un baño de sangre? ¿O una guerra civil? ¿O una purga a gran escala? Quizá a esta dictadura la suceda otra aún más sangrienta. La historia nos ha enseñado que, después de la Revolución, puede llegar el Terror.

Médico – ¿Entonces qué? ¿No hacer nada? ¿No resistir? ¿Ni siquiera cuando uno es un cobarde y tiene la oportunidad de actuar sin correr ningún riesgo?

Sacerdote – No lo sé...

Médico – ¿Usted nunca ha tenido remordimientos de conciencia?

Sacerdote – Sí... Pero creo en la palabra dada. En el juramento que hemos hecho los dos. Cada uno a su manera, hemos pronunciado unos votos. Debemos cumplirlos, pase lo que pase. Hasta la ley, en su aplicación, puede ser injusta. Pero sin leyes no hay civilización. Y sin confianza en la palabra dada, tampoco hay humanidad...

Médico – Las palabras también pueden ser armas. Un dictador es quien dicta. Quien dicta su propia ley. La ley del más fuerte.

Sacerdote – ¿Y quien dicta una sentencia de muerte por su cuenta, despreciando la ley? ¿No se convierte también en un dictador en potencia?

Médico – Las leyes están hechas para interpretarlas. Hay situaciones en la vida en las que la muerte de un hombre puede ser la opción menos mala.

Sacerdote – Hoy, quizá. Pero cuando metemos la mano en ese engranaje infernal, ¿cómo sabemos que no acabará aplastándonos por completo? ¿No habrá llegado el momento de que cada uno, por sí mismo, decida romper ese círculo de violencia?

Médico – Así que usted también, como aquel futuro sacerdote, habría salvado a Hitler de morir ahogado.

Sacerdote – Habría salvado a un niño. No lo habría condenado antes de tiempo. De lo contrario tendríamos que encarcelar preventivamente a todos los extremistas religiosos porque podrían convertirse en terroristas. Y encerrar a todos los creyentes porque podrían llegar a ser extremistas. Por ese camino, quienes nos gobiernan no tardarían en meter en la cárcel a cualquiera que no pensara exactamente como ellos...

Médico – ¡Pero si eso es precisamente lo que ocurre ya con esta dictadura que parece una teocracia!

Sacerdote – Exactamente. Por eso quienes la derroquen deberán evitar a toda costa reproducir ese sistema mortífero.

Médico – Usted mismo lo ha dicho antes. Si sabemos que alguien va a cometer un atentado, ¿no debemos detenerlo?

Sacerdote – Pero nunca podemos saberlo con certeza...

Médico – No, nunca podemos estar completamente seguros, se lo concedo... Pero a veces hay que defenderse antes de que nos ataquen. Nadie puede asegurar que usted vaya a contagiarse de un virus y, aun así, acepta vacunarse.

Sacerdote – No puede comparar a los peores seres humanos con virus malignos que hubiera que eliminar de antemano, negándoles toda humanidad. El mal está, en primer lugar, dentro de cada uno de nosotros. Tenemos que combatirlo en nosotros mismos antes de combatirlo en los demás.

Médico – Yo me ocuparé de mi lado oscuro. Pero eso no detendrá la mano de un asesino dispuesto a actuar.

Sacerdote – Hoy existen modelos que pretenden predecir quién se convertirá en un criminal. Modelos fiables casi al cien por cien, según dicen. ¿Deberíamos encerrar preventivamente a esas personas?

Médico – A los locos peligrosos sí que se los encierra.

Sacerdote – Porque han perdido su libre albedrío...

Médico – También se puede interrumpir un embarazo porque una prueba haya revelado que el bebé tendrá síndrome de Down.

Sacerdote – Y eso nos lleva a la cuestión general de la eugenesia... ¿Deberíamos eliminar al nacer a todos los portadores de un gen asociado a una enfermedad? ¿Para que no sean una carga ni para sí mismos ni para la sociedad...?

Médico – Cuando hablamos de eugenesia, no estamos hablando de delincuentes.

Sacerdote – Hay quienes han afirmado haber descubierto un cromosoma de la criminalidad... La ciencia moderna nos devuelve, curiosamente, a la frenología del siglo XIX, que pretendía identificar defectos congénitos por la forma del cráneo... No estamos tan lejos de los delirios pseudocientíficos de los científicos nazis enloquecidos, que condujeron al exterminio masivo de seres humanos. Todo ello con el siniestro proyecto de crear una raza superior. ¿No debería medirse el grado de civilización, más bien, por la manera en que se trata a los más débiles?

Médico – Ahora mismo nos preocupa más qué hacer con el hombre fuerte de este régimen. ¿De verdad cree que el General todavía puede cambiar? ¿Y qué valor tendría su arrepentimiento, cuando la multitud ya protesta ante las puertas del Palacio Presidencial...?

Sacerdote – Corresponderá a los tribunales humanos juzgarlo. Y decidir hasta dónde llega su responsabilidad. ¿Cuánta libertad tenemos frente al determinismo? Esa es la pregunta... Si nuestro destino está sellado desde el nacimiento, dejamos de ser personas para convertirnos en máquinas programadas de antemano. Me niego a vivir en un mundo así... Si cree que unos nacen programados para hacer el mal y otros para hacer el bien, entonces no existen ni la libertad, ni la responsabilidad, ni la posibilidad de redención. Solo tendríamos que separar científicamente el trigo de la cizaña hasta arrancar de raíz todas las malas hierbas. ¿No sería eso una sociedad totalitaria?

Médico – Creo en la libertad. Pero no es absoluta... Tenemos cierto margen para responder a las preguntas que nos plantea la vida, aunque no elegimos las preguntas. Pensemos en una familia numerosa. Todos los hijos crecen en un mismo contexto y, sin embargo, cada uno responde de forma distinta, según cómo es y las decisiones que toma.

Sacerdote – Sí... Quien ha sufrido violencia puede volverse violento o no. En eso cada uno toma sus propias decisiones, es verdad. Por eso quiero creer en lo que hoy llamamos resiliencia.

Médico – Exactamente. Decidimos en función de las circunstancias que nos vienen impuestas y de nuestra propia manera de ser. Pero ¿elegimos realmente cómo somos?

Sacerdote – ¿Cree que el General estaba destinado a convertirse en dictador? ¿Que no tuvo ninguna elección? ¿Y de ahí concluye que habría sido mejor eliminarlo al nacer? ¿Que tendríamos que haberlo ahogado, como al pequeño Hitler?

Médico – No lo sé... Lo que pienso es que este debate filosófico resulta un poco inútil... Mientras, ahí fuera, bajo nuestras ventanas, hay gente luchando por cambiar el curso de la historia.

Se hace una pausa durante la cual se oyen el clamor de la calle y ráfagas de armas automáticas.

Sacerdote – De momento, por desgracia, como médico y como sacerdote, no podemos hacer más que esperar, impotentes, a ver cómo termina este enfrentamiento. A propósito... ¿qué lo llevó a hacerse médico?

Médico – Mi padre era cirujano. Uno de mis hermanos es radiólogo y el otro, dentista. Llevo la medicina en los genes, y eso pesa. ¿Y usted? Supongo que su padre no sería monje.

Sacerdote – Mi padre era carnicero... No era creyente y nunca aprobó que yo quisiera ordenarme sacerdote.

Médico – Debió de llevarse un disgusto al saber que nadie continuaría con la carnicería familiar...

Sacerdote – Un hijo cura... Creo que habría preferido que le dijera que era gay...

Médico – ¿Es hijo único?

Sacerdote – Tengo cuatro hermanas. Y le aseguro que ninguna se ha metido en un convento...

Médico – Cuatro hermanas... Y fue usted quien acabó poniéndose un vestido.

Sacerdote – ¿Tiene hijos, capitán?

Médico – Un hijo.

Sacerdote – Si su hijo fuese un criminal y acudiera a usted herido para que lo curara, ¿lo dejaría morir?

Médico – Seguramente no.

Sacerdote – Al hacerme sacerdote decidí, como Nuestro Señor, considerar a todos los seres humanos hijos míos. Comprenderá que no pueda aceptar que muera ninguno, ni siquiera el peor de todos.

Médico – Mi hijo es más valiente que yo. Ahora mismo está en las barricadas. Pueden matarlo en cualquier momento. También quiero acabar cuanto antes con este régimen, y con este tirano, para salvarlo a él.

Sacerdote – Pero el desenlace aún no está escrito. Lo peor no tiene por qué ocurrir.

Médico – Por desgracia, me temo que es más que probable.

Una pausa. Se oye un nuevo tumulto en el exterior.

Sacerdote – En cierto modo, siento lástima por usted... Debe de ser muy triste vivir en un mundo donde la vida de cada cual está decidida de antemano.

Médico – Aunque para los criminales el determinismo es una magnífica excusa para eludir sus responsabilidades. ¿Conoce esta otra historia? Un hombre ve a una serpiente atrapada bajo una piedra. La serpiente le suplica que la libere y promete no morderlo. El hombre levanta la piedra y la serpiente lo muerde. Mientras el hombre agoniza, la serpiente se disculpa: dice que matar está en su naturaleza.

Sacerdote – Entonces también está en mi naturaleza impedir que cometa ese crimen.

Médico – ¿Incluso si para ello tiene que denunciarme y condenarme a una muerte segura?

Sacerdote – Si no me deja otra opción.

Médico – No lo hará.

Sacerdote – ¿Porque en vez de una vacuna me ha inyectado un veneno, como la serpiente de la que hablaba?

Médico – ¿Cree que he hecho eso?

Sacerdote – Podría haber dejado morir al General sin habérmelo confesado... Ya había tomado una decisión, ¿verdad? ¿Por qué me ha confesado un crimen que todavía no ha cometido?

Médico – Quizá porque necesitaba que alguien me diera ánimos... Ya le he dicho que soy un cobarde. Necesitaba su bendición...

Sacerdote – Si de verdad me ha inyectado un veneno, sepa que lo perdono... Y además así me ahorraría a mí también un conflicto de conciencia...

Médico – Era eso lo que deseaba, ¿no?

Sacerdote – Rezaré por usted mientras me quede un soplo de vida...

Médico – Será sin duda la primera vez en la historia que un sacerdote muera asesinado durante una confesión y absuelva a su asesino acto seguido.

Sacerdote – Aun así, lamento no haber logrado convencerlo...

Una pausa.

Médico – ¿Lanzarle una cuerda a un tirano que se ahoga, o no...? Tal vez para ahorcarlo...

Suena el teléfono. El médico responde.

Médico – ¿Sí, sargento...? Sí... ¿Cuándo? Es espantoso, desde luego... Comprendo... De acuerdo... *(Cuelga)* El General acaba de morir de un ataque al corazón...

Sacerdote – ¡Dios del cielo...!

Médico – Ya sabe que Dios ha tenido poco que ver con esto...

Sacerdote – Pero ahora que ha consumado su falta, puedo darle la absolución...

Médico – ¿De verdad?

Sacerdote – Si se arrepiente sinceramente.

Médico – En cualquier caso, no siento ningún orgullo por ello.

Sacerdote – Me conformaré con eso... Que Dios, Padre misericordioso, que reconcilió al mundo consigo mismo mediante la muerte y resurrección de su Hijo, le conceda el perdón y la paz. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, le perdono los pecados que ha confesado y lo devuelvo a la comunión de la Iglesia. El Señor esté con usted.

Médico – ¿Me absolverá también por haberlo asesinado a usted?

Sacerdote – Ya lo he perdonado. Pero, para absolverlo, tendría que haber cometido de verdad el crimen y yo ya tendría que estar muerto. Así que lo veo complicado... Tendrá que buscarse otro confesor.

Médico – Comprendo...

Sacerdote – Pero no me ha envenenado de verdad, ¿verdad?

Médico – ¿Y usted? ¿De verdad me habría denunciado?

Sacerdote – Vaya usted a saber...

Médico – En cualquier caso, no morirá de una enfermedad contagiosa... Está vacunado para unos cuantos años...

El sacerdote se levanta para marcharse. Suena el teléfono. El médico responde.

Médico – ¿Sí, sargento...? Gracias por avisarme... *(Cuelga)* Los manifestantes están entrando en el Palacio. Pronto tendremos que responder de nuestros actos...

Sacerdote – Que Dios nos ayude...

El médico saca una pistola de un cajón y la deja sobre la mesa.

Médico – Ayúdate... y el cielo te ayudará.

Sacerdote – ¿Contra quién piensa utilizar esa arma, capitán? ¿Contra sus compañeros de ayer o contra sus amigos de hoy, que seguramente no lo consideran uno de los suyos?

Médico – Ya lo veremos, padre. Por ahora se trata de salvar el pellejo. No nos quedemos aquí...

El médico se levanta. Ambos se dirigen a la salida.

Oscuro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Marzo de 2024

ISBN 978-2-38602-175-6

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.